VIERNES EN LA NOCHE

El detective Quintero, con el pie derecho recostado en el poste de energía eléctrica, casi de la misma manera en que uno imagina a los flamencos, escribía en una libreta mientras que a pocos metros unos agentes uniformados mantenían a los curiosos fuera de una escena del crimen ya limitada con las acostumbradas cintas amarillas. El centro de atención era el cadáver en posición decúbito dorsal de un hombre elegantemente vestido, con la chaqueta abierta, y cuya camisa, otrora blanca, ahora mostraba una gran mancha de sangre que iba extendiéndose lentamente por toda la zona pectoral.

Ya pasaban de las diez de la noche de ese viernes de fin de semana de guardia cuando se recibió la llamada en la central policial sobre el hallazgo de aquel cuerpo en una calle cercana a un centro médico privado. Después de la revisión rutinaria, Quintero lo pensó dos veces antes de llamar al jefe forense, el septuagenario y enigmático doctor Ryvack, para que procediera al levantamiento legal del cadáver. Previamente le habían informado que uno de sus asistentes estaba de permiso y el segundo lo estaría acompañando en el acto homenaje que le organizaba el Colegio de Profesionales de la Medicina con motivo de sus cincuenta años de ejercicio.

«A lo mejor me sale con una de las suyas», pensó el joven detective al comenzar a marcar el número. El viejo médico siempre tenía una respuesta irónica e inteligente ante cualquier situación que rompiera su statu quo, y el de esa noche con su celebración era indiscutible. Pero Ryvack no se inmutó, ni siquiera pensó en enviar a su asistente, escuchó calmadamente lo que le solicitaba y en seguida le respondió.

—La felicidad y el vidrio son frágiles, afirman los alemanes —comenzó diciendo, y tras una pausa agregó—: Después de escanciarme esta copa de muy buen vino estaré allá, dame un tiempito, amigo detective.

Entendió Quintero que pese a todo le había interrumpido su celebración. Entonces, se fue al poste con luz mercurial, y mientras esperaba le dio un repaso a sus anotaciones para la novela que estaba escribiendo y a la que nunca lograba encontrarle la palabra fin, por lo que ya en su oficina, por sana diversión, sus compañeros le escribían frases de destacados escritores y se las pegaban en cualquier sitio. Al principio se molestaba, pero después les encontró utilidad. «Me servirán para ordenar mis ideas», se dijo, y empezó a guardarlas.

Habrían pasado de unos treinta a cuarenta y cinco minutos cuando un automóvil negro, de la década de los cincuenta del siglo XX, se orilló lentamente, casi a unos pasos de donde esperaba el detective. La puerta se abrió y bajó el doctor Ryvack. Vestía un terno gris, destacaban sus lentes de montura de carey legítimo, y su pelo grisáceo ondulado muy bien peinado, ahora atacado por los raudos vientos helados que empujaban algunas gotas de agua. Lo único que desentonaba era su corbatín, abierto y colgando a un lado de su cuello, a lo mejor desprendido para mayor comodidad al manejar. Procedió a quitarse el chaleco y la chaqueta, se arremangó su impecable camisa blanca y se dirigió al detective Quintero.

—Me alegro de que me esté ayudando con el informe, le agradecería una letra legible —le dijo con su voz de barítono, antes de dar las buenas noches, secar su rostro con un pañuelo y pedirle unos guantes sanitarios.

—Perdón, doctor, pero lo que estoy haciendo son anotaciones para mi novela —respondió con tono confiado—. Lo de este crimen se lo explico enseguida… —Y le entregó los guantes.

—¿Ah, novela? —no lo dejó terminar—… pero no se preocupe; según dijo un nobel de literatura, los lectores de buenas novelas y poesías, por lo menos en su país, caben en un cine y hasta quizás sobren.

—Se entiende, la gente vive en sus celulares, mirándolos todo el tiempo, sin interlocutores, una tecnoevasión creciente… no tiene tiempo o no quiere leer libros, novelas, ciencia, y desconoce que todo eso está también en esos aparatos…

—Tiene usted toda la razón, porque eso lo dijo ese escritor hace más de dos décadas cuando apenas estaban apareciendo esos aparatos inteligentes que han pasado a ser fundamentales por la inmediatez de comunicación, pero muy pocos le sacan provecho para conocer de historia, literatura, cultura, etc. Prefieren las enseñanzas de los llamados influencers. Los lectores de libros deben ser hoy cada día menos, sobre todo los jóvenes.

—Y más con los chatbots de inteligencia artificial, la gente solo pregunta sobre cualquier cosa y al instante el programa informático que simula conversaciones humanas, le responde.

—Asimilo lo que decía el padre Brown que ninguna máquina puede mentir ni decir verdad (1). He leído sobre esos chatbots, y que hasta pueden escribir, válgame Dios…

—Eso le pregunté a uno de ellos y me dio esperanzas. Me respondió que, aunque existan herramientas que puedan escribir por nosotros, es importante seguir mejorando nuestras habilidades de escritura. Y es lo que trato de hacer leyendo a los maestros de la literatura.

—Sobre esos hombros se puede ir más lejos.

—Ciertamente, crecemos cuando elegimos bien sobre qué hombros pararnos.

—Y volviendo al escritor nobeliano, leí hace poco que dijo algo como que la novela siempre estará cerca cuando se hable de Homero y de la antigua Grecia o se fantasee sobre el más allá, lo que sobrevive a la muerte, por lo que pienso, sinceramente, que aún tienes mucho chance de construir tu modelo novelar.

—Pero ese escritor también dijo que el buen libro nunca morirá. Yo leí ese artículo. (2)

—Muy bien, ahora vamos a lo nuestro, ¿qué tenemos aquí?

—Hombre de unos treinta o cuarenta años, moreno, presenta heridas punzopenetrantes en el pecho. Mi primera impresión es que no hubo robo, tiene su cartera, anillos, reloj y hasta el celular, el que tomé prestado para el análisis correspondiente, por lo que agradecería que concluya su inspección para con uno de los dedos proceda a liberarlo. Ah, me olvidaba, se trata de un colega suyo, un médico, según se lee en el carnet de la clínica donde trabaja.

—¿Médico? —Ryvack mostró un rostro ceñudo al preguntar.

—Sí, y se dirigía a pie a su trabajo, a una clínica a la vuelta de la esquina. Cumpliría guardia en emergencias a partir de las nueve de la noche, según pude averiguar. También trabajaba por turnos en otros centros hospitalarios.

Ryvack traspasó el área contenida entre la acera y un gran pedazo de gramíneas rastreras sin mantenimiento al lado de una larga pared del patio de una casa, se arrodilló y comenzó su observación aguda y profunda del cuerpo, como era su ya normal proceder. Abrió la camisa del muerto, observó detenidamente las heridas, revisó su cabeza, y mientras hacía todo este trabajo hablaba con Quintero, con voz muy sentida.

—¿Sabes? Siento un pequeño dolor mental por este joven. Él estuvo en la celebración, escuchó mis palabras, me saludó y elogió el discurso; hablamos algunos minutos y, si no me falla la memoria, me dijo que se llamaba José Hurtado Gallardo, un nombre con apellidos de grandeza y lucimiento, por eso lo recuerdo con precisión. Se despidió y no lo volví a ver. Serían como las nueve de la noche.

—Sí, ese es su nombre, y vivía en el otro extremo de la ciudad. Supongo que no tenía automóvil porque todo indica que se vino de la celebración caminando, unas quince cuadras más o menos, apurando el paso, creo, por la previsión de lluvia.

—Y por aquí los asaltos no deben ser frecuentes, es una zona residencial muy exclusiva, aunque de poca alcurnia y sí de muchos nuevos ricos, los que deben tener sofisticados artilugios de vigilancia como cámaras infrarrojas y yo qué sé —acotó mientras seguía en su inspección.

Ryvack alzó las manos del difunto y miró detenidamente cada dedo. Luego, le pidió el teléfono celular al detective, lo reactivó y se lo devolvió al finalizar la inspección.

—Presumo que el arma fue un cuchillo por la forma de las tres heridas que observé en pecho y abdomen, pero veo que hay residuos de tela en las uñas que podrían pertenecer al agresor, una acción defensiva de la víctima. Recomiendo la conservación de esta escena hasta que los técnicos recojan alguna otra evidencia.

Quintero dispuso vigilancia hasta que con la luz del día se procediera a una inspección más meticulosa del lugar, incluyendo revisión de las cámaras de vigilancia.

—Bueno, ya pueden trasladar el cadáver a la sede de la medicatura forense —ordenó al personal que esperaba en una ambulancia.

El doctor Ryvack se levantó, desdobló las mangas de su camisa, se quitó los guantes y dirigiéndose al detective le preguntó:

—¿Has escuchado que aquí en la ciudad funcione un centro de tanatología?

—¿Eso es algo que tiene que ver con la muerte? —le respondió.

—Algo así. Te lo pregunto porque en la breve conversación con este colega me dijo que, además de trabajar en emergencias, desde hacía varios años se dedicaba a la comprensión del fenómeno de la muerte y a ayudar, digamos, al buen morir de paciente terminales; por eso asistió a escuchar mis palabras porque pensaba que yo como médico criminólogo iba a tantear algunos de esos aspectos.

—¿Y no fue así?

—No, no mencioné nada de eso. Verás, para mí eso de muerte y espíritu, o de lo que hay después es algo que está ligado a la fe de cada uno. —Hizo una pausa y agregó—: Amigo, estaríamos un largo tiempo hablando de un asunto que lleva siglos en discusión; lo que puedo afirmar es que alabo honestamente la difícil y noble misión de ese personal interdisciplinario que integra la tanatología, pero por ahora tengo que regresar a atender a mis invitados.

—Bueno, desde que estoy en esto de la investigación criminal me he imaginado que un médico forense debe guardar muchas anécdotas de extrañas cosas ocurridas dentro de la morgue donde trabaja.

—No tan raras como las que uno oye de los funerarios que maquillan a los cadáveres. Con esa experiencia en crímenes podrías estar en la ruta de Edgar Allan Poe. Las historias de miedo siempre atraen. Pero alguien sin experiencia o conocimientos pasaría por alto que la cantidad de líquido en los cadáveres produce reacciones, espasmos y movimientos que justificarían la existencia de cosas sobrenaturales. Es lo que llaman síndrome post mortem, y a eso, creo, nos acostumbramos al trabajar con muertos, aunque de vez en cuando pueden darnos un sustico, ja, ja. Sin embargo —añadió—, lo que sí es muy cierto es que, en sentido figurado, en las necropsias los muertos nos hablan, nos susurran, revelan datos oscuros sobre lo que les ha ocurrido que permiten en muchos casos reconstruir hasta el más perfecto de los crímenes y que se aprese a los culpables, o se corrijan errores de vida que llevaron a fallecimientos prematuros.